

Implicación de los Franciscanos Seglares en la Vida Pública (Regla 15, CC.GG.22).

15. Estén presentes con testimonio de su vida humana y también con iniciativas eficaces, tanto individuales como comunitarias, en la promoción de la justicia, particularmente en el ámbito de la vida pública; empeñándose en opciones concretas y coherentes con su fe.

Art. 22

1. *Reg. 15.* Los franciscanos seglares “estén presentes en el campo de la vida pública”; colaboren, según sus posibilidades, en la promulgación de leyes y normas justas.
2. En el campo de la promoción humana y de la justicia, las Fraternidades comprométanse con “iniciativas valientes” en sintonía con la vocación franciscana y con las directrices de la Iglesia. Asuman posiciones claras cuando el hombre es agredido en su dignidad por causa de cualquier forma de opresión o indiferencia. Ofrezcan su servicio fraterno a las víctimas de la injusticia.
3. La renuncia al uso de la violencia, característica de los discípulos de Francisco, no significa renuncia a la acción; los hermanos procuren que sus intervenciones estén siempre inspiradas por el amor cristiano.

*** **

Ante todo tengo que decir que hay una convicción, bastante difundida, de que la vida del franciscano seglar se vive exclusivamente dentro de la fraternidad. Al contrario, los franciscanos seglares deben vivir su vida, ciertamente en la familiaridad de un encuentro con los hermanos en comunión con Jesús en la Eucaristía en la formación y el compartir pero, es justamente a partir de esa fraternidad que están llamados a vida *“dar testimonio con su propia vida con iniciativas valientes, promoviendo la justicia, empeñándose en opciones concretas y coherentes con su fe”*. Un compromiso que los Franciscanos Seglares deben llevar a cabo con sentido de responsabilidad hacia Dios, hacia si mismos y hacia los demás.

Es por eso que la secularidad del Franciscano no prescinde de la dimensión espiritual sino que reconoce, precisamente en esa espiritualidad, la garantía de la libertad y la autonomía de las realidades terrenas. Esa ayuda a leer de manera adecuada las invitaciones, hechas en distintas ocasiones, también por parte de los pontífices, que nos invitan a todos los fieles, por tanto también a los Franciscanos Seglares, a la formación de una nueva generación de laicos comprometidos en la vida pública, cuya contribución concreta e inspiración ideal no puede faltar, en una sociedad compleja como la actual.

Claro que participar en la vida pública requiere mucho compromiso. Pero ha que hacerlo y la Regla nos anima a todos en este sentido. La presencia del Señor nos debe llevar a ser más participativos y activos en la vida social, comenzando en el ambiente más cercano a nosotros. Dentro de las paredes de nuestras casas, en la parroquia, el trabajo, el voluntariado, el barrio, el pueblo o la ciudad. Todos ambientes en los que podemos testimoniar nuestra fe, donde podemos decir lo que pensamos, sin pretender imponernos, sino con la paciencia de saber escuchar, con respeto hacia las cosas que incluso no compartimos, con la valentía de evidenciar aspectos no tan justos. Sin aceptar

compromisos, pero siendo concretos y coherentes, siendo conscientes de que el Señor no abandona quien actúa con justicia en Su nombre.

Los Franciscanos Seglares deben tener, entonces, una fuerza de carácter y una solidez para darse y ponerse en juego cuando se den cuenta de que algo en su propia vida o en el comportamiento de los demás no sea respetuoso con las normas cristianas y sociales. Deben tener esa “valentía” de la que habla la Regla. Sin duda alguna, es más fácil hacerse de la vista gorda y callar, pero más aún es necesario esforzarse y no guardar silencio frente a las injusticias o a las formas de actuar erradas que los demás de forma pública y evidente. Los Franciscanos Seglares no pueden, por tanto, esconderse detrás de sí mismos, continuando a vivir en el error, sin comprometerse a superar ese error, a costa de tener que admitir su propia fragilidad o su derrota. Tienen siempre que, como dice la Regla, dar “testimonio con su vida” como dice la Regola, no pueden esconderse, cuando se tiene dentro la riqueza de la Presencia de Dios, el Cuerpo y Sangre de Jesús, el soplo del Espíritu. De aquí debe surgir la belleza del testimonio la fuerza de expresarlo con valentía, la determinación para cumplir aquellas opciones concretas coherentes con la propia fe.

Este testimonio, lógicamente, es válido en todos los ámbitos de la vida, no sólo la vida pública. El ámbito más recurrente es el laboral, por eso habría incluido en el argumento de hoy también el art. 16 “*Consideren el trabajo como don de Dios y como participación en la creación, redención y servicio de la comunidad humana*” especialmente en este período histórico que estimo viviendo, en el que el desempleo, el trabajo en negro son tristes argumentos de los que se escucha hablar. El primer deber de los Franciscanos Seglares es el de rezar para que todos podamos tener un trabajo, para que el Señor pueda manifestarse también con ese tipo de “*don*” para sus hijos. Así como tiene que considerarlo un don del Señor, quien tiene la fortuna de tener trabajo, para que pueda, a su vez, donarse a otros con agradecimiento y amor. Pues, si cada uno viviera su operar no tanto por el sueldo para mantenerse y mantener (justamente) su propia familia sino como un servicio hacia los demás, nuestras comunidades seguramente serían más productivas y vivirían con más serenidad y paz. Es necesario entonces hacer nuestra parte con diligencia e inteligencia, con escrúpulo seriedad La Regla exhorta a los hermanos a cumplir fielmente los propios deberes terrenos, según la vocación de cada uno, haciéndose guiar por el espíritu del Evangelio.

Se puede decir. Entonces que en todos los ámbito de la vida de los Franciscanos Seglares, no puede haber dos vidas paralelas: por un lado la vida “*spiritual*”, con sus valores sus exigencias y, por otra parte la vida “*secular*”, osea la vida familiar, laboral de las relaciones sociales, de la cultura y el compromiso público-político. La rama enraizada en la vida de Cristo, da sus frutos en cada sector de su vida y de su existencia. Por tanto, todos los diferentes campos de nuestra vida laica, de Franciscanos Seglares, entran en el diseño de Dios quien les quiere presentes como lugares de la revelación y la realización del amor de Jesucristo para la gloria del Padre y a servicio de los hermanos. Cada actividad, cada situación, cada compromiso concreto –por ejemplo- la competencia y la solidaridad en el trabajo, el amor y la dedicación a la familia y en la educación de los hijos, el servicio social y político, etc. son ocasiones providenciales para un “*ejercicio continuo de la fe, la esperanza y la caridad*”. Vivir y actuar según la propia consciencia es la expresión con la cual los Franciscanos Seglares deben ofrecer su coherente contribución para que se instaure un orden social más justos y coherente con la dignidad de la persona humana.

La presencia de los Franciscanos Seglares, diría también la de todos los cristianos, hoy en la vida pública parece estar cargada de una urgencia impostergable. La necesidad de presentar, en términos culturales modernos el fruto de la herencia espiritual intelectual y moral del catolicismo, con la experiencia madura del compromiso político que los católicos han sabido desarrollar en distintos países, especialmente en los decenios posteriores a la segunda guerra mundial, no pueden de ninguna manera llevarlos a ningún complejo de inferioridad respecto a otras propuestas política. Mas bien, precisamente porque a la base los católicos (y los Franciscanos Seglares) tienen una cultura capaz de acoger, justificar y proyectar las nuevas instancias, las eventuales transformaciones futuras de la sociedad se apoyarán sobre pilares más sólidos.

Aún así, como ya he dicho, se asiste hoy a una difundida falta de compromiso de los laicos católicos y consecuentemente de los Franciscanos Seglares en este ámbito. Es necesario, en cambio, insistir en la necesidad del compromiso en la vida pública. Naturalmente, cada uno lo hará de forma distinta, según la situación y sus actitudes, pero ninguno puede y debe quedarse al margen de esta importante tarea.

Los Franciscanos Seglares están en alguna situación particular que aumente o disminuya tal derecho-deber respecto al resto de la sociedad. Antes bien, el ser os Franciscanos Seglares constituye, frente a la propia consciencia, un motivo adicional para vivir con mayor responsabilidad este compromiso.

La vida de los Franciscanos Seglares es la *vida en Cristo*, es decir, la secuela, la identificación y la transformación en Jesús. Dicha *sequela Christi* hay que vivirla en todos los ámbito de la existencia humana, también en el ámbito público. Por tanto, todas las actividades temporales deben vivirse como respuesta a la vocación divina en la cual la persona sigue las huellas del Señor. En tal sentido, el ámbito secular y mundano no puede distinguirse de la historia de la salvación, porque la sociedad, con todo lo que ella comporta, incumbe a la vida de cada persona concreta. Cuidar del hombre significa, para los Franciscanos Seglares y para toda la Iglesia, involucrar también a la sociedad en su prontitud salvífica.

Los Franciscanos Seglares, siguiendo el ejemplo de Jesús, tienen entonces una tarea que cumplir en las distintas áreas de la vida social y no pueden, desinteresarse tampoco del ámbito público. Esto sería como excluirse de la historia y del mundo en el que han sido enviados y llamados a cumplir su misión. Aún así, se observan avece actitudes que derivan de la incapacidad de entender cuál es la misión de los Franciscanos Seglares. Por ejemplo, la mentalidad de quien ve en el cristianismo sólo un conjunto de prácticas y actos de piedad, sin captar la urgencia de enfrentar la necesidad de los demás, esforzándose para eliminar las injusticias. Esta mentalidad no ha comprendido aún que fue precisamente Jesús quien nos reveló hasta qué extremo debe llegarse impulsados por el amor y el servicio. Solamente si tratamos de entender el misterio del amor de Dios, que lleva hasta la muerte, seremos capaces de donarnos completamente a los demás sin dejarnos dominar por las dificultades o la indiferencia. Por eso, la secuela de Cristo que cada Franciscano Seglar debe buscar, requiere también del cumplimiento de los deberes públicos, que pueden cumplirse con mayor perfección si están animados por el espíritu cristiano.

Todo eso plantea a los Franciscanos Seglares obligaciones específicas: estos no deben considerar a las estructuras sociales, políticas y económicas como indiferentes respecto a la historia de la salvación, sino como realidades que nos han sido confiadas por el Señor como tarea y caracterizadas por la elección libre y responsable de los hombres, positiva o negativamente relacionada con los valores del Reino.

El diseño del Creador incluye la vida social de los hombres. Y no puede ser de otra forma, pues su naturaleza tiende a la vida en sociedad y a la comunión con los demás como medio indispensable para su desarrollo. Dios ha llamado al hombre para que este alcance la patria celeste a través de sus acciones terrenas, por tanto, todas las actividades humanas dirigidas a hacer progresar esta vida corresponden a las intenciones del Creador y las personas deben cumplirlas responsablemente.

A la luz de esta verdad, se comprende como el compromiso de los Franciscanos Seglares en el progreso material y espiritual de toda la sociedad sea una parte integrante de su vocación. Vocación con la cual Dios llama a cada hombre a alcanzar su propio fin personal, es decir su santidad. Y, por tanto, en unión con Cristo las acciones públicas de los Franciscanos Seglares adquieren una dignidad nueva, se hace una realidad santa, santificada y santificante en la historia de la salvación. Las acciones públicas se hacen una vocación divina, y en ellas los Franciscanos Seglares se unen aún más a Jesús y se identifican con Jesús.

Entonces, el alcanzar la perfección personal y la obtención de la santidad requieren del compromiso de cada uno de asumir su propio rol en las obras colectivas. Es necesario entonces que los Franciscanos Seglares no consideren los hechos sociales “desde afuera”, como espectadores, sino que los entiendan y los mediten, a la luz de la fe, como **llamadas** que el espíritu santo hace a cada uno para identificarnos con Jesús. Esto comporta la necesidad de estudiar y evaluar los fenómenos sociales desde el punto de vista “cristiano” (con los ojos de Cristo) para luego actuar en consecuencia.

Las obligaciones sociales se convierten entonces en una responsabilidad precisa para cada Franciscano Seglar y, por esto, cada uno será juzgado el último día. No existe una auténtica vida cristiana (ni siquiera humana) si no se tiene en cuenta las necesidades y las leyes de las instituciones sociales.

Todavía, como ya he dicho, la preocupación de los cristianos (y de los Franciscanos Seglares) por el más allá les hace olvidar los problemas del mundo presente. La realidad, en cambio, es diametralmente opuesta, ya que la vida eterna depende de nuestras acciones e este mundo, y más específicamente de nuestra actuación a favor de los demás. Hay que reconocer que la vida cristiana es un fuerte incentivo para comprometerse seriamente en la construcción de una sociedad más justa y fraterna; en la cual el compromiso por la justicia, por la paz por los más pobres, por la solidaridad universal, se puede cumplir con mayor diligencia e integridad si se parte de la opción por Jesucristo.

El objetivo principal de dicho compromiso público es el logro del **bien común** y su extensión a todas las personas y a todos los sectores de la sociedad. A tal fin, todos estamos llamados, cada uno según su condición y según el rol social que cubre. Pero todos tenemos el deber de participar a su edificación y el derecho de gozar de él. Los Franciscanos Seglares, en base al rol que cubren, **deben**

entonces interesarse por la evolución de toda la sociedad y en particular de la vida política con particular atención a su calidad moral.

A este propósito, quisiera recordar que las estructuras y las actividades políticas influyen de manera muy fuerte sobre la cultura sobre la conducta de las personas. Por tanto, la acción política tiene, en si, una gran importancia desde el punto de vista humano y exige un gran sentido de la responsabilidad. La extraordinaria capacidad humanizadora (o deshumanizadora) de la actividad política deriva, para los franciscanos seglares, en un derecho y un deber de comprometerse para mejorar la vida pública organizándola de manera que esta sea conforme a la dignidad humana. Esforzándose para impregnar a la sociedad del espíritu de Cristo y de vivir el mensaje evangélico de forma profunda coherente con el servicio de la comunidad.

Estos, aun conservando siempre la más amplia libertad de estudiar y de poner en práctica soluciones diferentes, teniendo siempre la intención común de servir a la humanidad. Además, su cristianismo no será la Palabra y la Vida de Jesús, mas será un disfraz, un engaño frente a Dios y frente a los hombres. Es necesario, en cambio, que aporten a la vida social el elemento vivificador de los principios evangélicos respetando la autonomía de las realidades terrenas.

Su finalidad, es entonces, el bien común, es decir, aquella de facilitar la realización de cada persona humana. Recuerdo, sin embargo, que el bien común no es la simple suma de los intereses particulares, sino que implica su evaluación y composición en base a una jerarquía equilibrada de valores y una exacta comprensión de la dignidad y de los derechos humanos. El bien común se relaciona sobre todo al aspecto espiritual y moral del hombre. La iglesia ha enseñado siempre que el compromiso social no se relaciona tanto con los valores terrenos y exclusivamente materiales, que son ciertamente necesarios, sino que son sobre todo los alores personales, espirituales y trascendentes las que son más característicamente humanos. El desarrollo integral incluye entonces, sì la posesión de bienes materiales, pero también el fin de dichos bienes es el de contribuir a la maduración y enriquecimiento de la persona humana en cuanto tal.

De esto deriva que la esencia de compromiso moral de los Franciscanos Seglares en la acción política, o sea el respeto de la dignidad de la persona humana, la necesidad de reconocer y promover una gama de valores y principios que favorezcan el bien de todos, la promoción y la realización de una vida moral coherente sea en la vida personal que en la social.

De manera que para desarrollar a plenitud la actividad política, se requiere que los Franciscanos Seglares comprometidos en la vida pública, no sólo no descuiden sus propios deberes morales, testimoniados pro la vida vivida sino que, además se comprometan mayormente en ellos. Por tanto, la finalidad de su acción política tendrá que ser sobretodo un servicio al bien común, para que el respeto de la persona se transforme en solidaridad, haciendo que ningún aspecto social (económico, étnico, religioso) pueda excluirse del bien común.

Tendrán entonces que empeñarse para que en la sociedad haya la instauración de un Estado de Derecho en el que los derechos fundamentales de todos sean tutelados, para que haya la libertad y la autonomía de las distintas asociaciones; para que exista la posibilidad de cambiar periódicamente las gobernantes y las mismas instituciones políticas y esto promueva la igualdad y la justicia social

para que sea posible organizar libremente su propia existencia, pudiendo así estar capacitados para su participar en la gestión de la vida pública, sea directamente que a través de una representación político-social. Estas son las exigencias que los Franciscanos Seglares comprometidos en la vida pública deben tener bien presente en su mente.

Por cuanto dicho, se deduce que una vida social sana depende entonces de una moralidad personal sana. Es por eso que los Franciscanos Seglares investidos de autoridad deben tener ideas claras sobre la amplitud y naturaleza de su tarea y deben ser personas con un gran equilibrio y de relevante estatura moral, caracterizadas por un sentido práctico para interpretar con rapidez y objetividad los casos concretos, de voluntad decidida y vigorosa para actuar con oportunidad y eficacia. Esto se le pide sobre todo a quienes se dedican a la actividad política. Es entonces un deber irrenunciable que los valores morales presida la acción política para facilitar el bien integral de todas las personas.

En consecuencia, el compromiso político de los Franciscanos Seglares está estrechamente relacionado con una vida cristiana coherente. Esto es necesario, sea para entender correctamente su sentido dentro del diseño divino, sea para vivirlo plenamente. A los Franciscanos Seglares se les pide de unir la vida activa y la vida contemplativa, sin caer en los extremos, pues si falta la contemplación no serán capaces de identificar el verdadero bien personal y social.

Ellos, están llamados a vivir en una unidad de vida, es decir contemplar armónicamente los aspectos seglares (política, familia, trabajo, etc.) y los aspectos trascendentes (liturgia, oración, evangelización, etc.) que componen la vida cristiana. No se puede tener, como dije al principio, dos vidas paralelas: por un lado la vida “*espiritual*”, con sus valores y con sus exigencias; por otro lado la vida “*seglar*”, o sea la vida de la familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura.

Ciertamente, la vía para la mejora interior de los Franciscanos Seglares como supuesto para mejorar las estructuras políticas puede parecer una tarea ardua, larga y más compleja; pero es la única forma que permite soluciones verdaderamente humanas y duraderas. Por otro lado, no hay que olvidar que vivir el compromiso público por un motivo trascendente encaja perfectamente con la naturaleza humana y, en consecuencia, reaviva tal compromiso y se produce resultados más concretos desde el punto de vista social. En fin, la fe para los Franciscanos Seglares comprometidos en la vida pública juega un rol importante en la construcción de la sociedad.

Está claro que toda esto no significa que la vida pública tenga que ser esclava de la religión, sino que sobretodo esa tiene que estar al servicio del hombre y, en consecuencia, entra en el ámbito moral, cuyo pilar firme es Dios. En ese sentido, además de la buena voluntad y al uso de los medios sobrenaturales, la acción política exige un cuidadoso discernimiento de las situaciones, de los medios y de los valores en juego. La complejidad de las cuestiones sociales no siempre hace fácil su solución. Sin embargo, no hay que ceder a la pasividad ni perseguir utopías, antes bien buscar las vías más eficaces para alcanzar el bien común, sin que nunca se adopten conductas inmorales, con la consciencia de que, si nosotros hacemos lo que esté dentro de nuestras posibilidades, Dios donará siempre la ayuda necesaria para resolver de forma adecuada los problemas políticos, pequeños o grandes que sean. En este sentido, la espiritualidad de los Franciscanos Seglares comprometidos en ámbito público-político consiste en la maduración de la síntesis interior y profunda entre obediencia

al diseño de Dios y el compromiso público dedicado a la búsqueda de los instrumentos y el perfeccionamiento o creación de instituciones que respondan a las exigencias ordinarias de la existencia terrena.

La obediencia al diseño de Dios y la conciencia de los Franciscanos Seglares de que el hombre es imagen y semejanza de Dios hacen que su compromiso social sea actuar según la voluntad de Dios. Se aprende así que el peregrinaje de los Franciscanos Seglares en el mundo debe transformarse en un servicio continuo, un servicio que asumen formas diferentes según las circunstancias personales y que deben estar marcados por el amor a Dios y al prójimo.

En contraste con cuanto dicho hasta ahora, tenemos que admitir que se ha difundido una admiración, no siempre confesada, hacia quienes, comportándose de forma deshonesta en los asuntos públicos, se “salen con la suya”. Paralelamente se considera a menudo que, en ámbito público, sobretodo en el político, un comportamiento honesto no resulte ser eficaz. De ahí nace la idea que la política sea siempre un “negocio sucio”, por lo que aumenta la desafección por este ámbito, pero también la pretensión de justificar tal comportamiento. En otras palabras, la convicción de que un comportamiento honesto sea ineficaz justificaría en política el empleo de ciertos medios, que en otros ámbitos se consideran inmorales: la mentira, la deslealtad, la calumnia, etc. Mas, aún limitándonos a una óptica puramente terrenal y materialista, hay que evidenciar que un comportamiento de ese tipo, cuando propaga la deshonestidad, multiplica las desventajas materiales para todos. Además, es fácil entender que las desventajas que se pueden ocasionar mediante una conducta inmoral son poca cosa respecto a la pérdida humana que quien actúa así. EL egoísmo es el mayor enemigo de una vida social sana, porque el amor desordenado, en si, tiende a absolutizarse y a usar las cosas y a las personas para su propio beneficio, hasta llegar al abuso de la opresión.

Solamente el amor, el servicio, el don, es decir los medios morales, son capaces de edificar una sociedad auténticamente humana, no sólo a largo plazo sino también en el breve. Se requiere, por tanto, apelar a las capacidades espirituales y morales de las personas y a la exigencia permanente de la conversión interior, si se quieren obtener cambios económicos y sociales que sean verdaderamente al servicio del hombre.

Cuanto dicho hasta aquí evidencia la necesidad de unir una formación técnico-política con aquella moral. De hecho, para traducir el compromiso político en una acción eficaz para el desarrollo social, los Franciscanos Seglares tienen que adquirir competencias técnicas adecuadas, lucidez de discernimiento, además de las calidades morales necesarias. Tal formación implica el desarrollo de actitudes políticas oportunas y, antes aún, adquirir la doctrina moral y religiosa y la práctica asidua del las virtudes sociales.

En la educación política de los Franciscanos Seglares hay que distinguir dos niveles: el primero descrito como la edificación de la personalidad social, entendida como el conjunto de las cualidades que hacen que la persona esté en grado de asumir eficazmente el compromiso político. Tal personalidad se construye dentro de los itinerarios formativos atentos a promover el conocimiento y las actitudes sociales. El segundo nivel es el de la educación civil y política que hay que impartir diligentemente para que todos realicen adecuadamente su rol en el ámbito de la comunidad en la

que estas insertos. A tal fin, se debe promover sea el conocimiento de la doctrina social de la iglesia, sea la capacidad de discernimiento de la realidad, de manera que estén capacitados para tomar decisiones coherentes y actuar intervenciones sociales realistas.

Junto al momento doctrinal hay que tener un espacio práctico, relacionado con proyectos en las situaciones sociales de hecho ya existentes. Es necesario, entonces, promover experiencias que permitan traducir las orientaciones de la doctrina social de la iglesia en términos concretos, dentro de una unidad madura entre la vida moral y la acción pública. Las competencias sociales, políticas y económicas deben enraizarse en las cualidades intelectuales, morales y espirituales de los Franciscanos Seglares.

Tampoco hay que olvidar que la cultura de hoy tiene que lidiar con las dificultades propias del secularismo y del pesimismo que debilitan los recursos morales y de veracidad de las personas. De estas culturas, a veces, los cristianos son “contagiados”. Esas circunstancias requieren siempre más urgentemente una profundización en la formación política integral para vivir con mayor madurez y discernimiento los propios compromisos, si es necesario con comportamientos contracorrientes. Dicho discernimiento debe ser particularmente cuidadoso cuando están involucrados verdad y valores esencialmente humanos y cristianos. En la situación de hoy día, se requiere además de la virtud de la fortaleza y una sólida personalidad, una intensa formación y una profunda renovación de las conciencias para cumplir los peculiares deberes políticos.

Estas culturas, a veces, llevan a escuchar que los católicos deberían renunciar a su propia doctrina cuando están actuando en cumplimiento de una función pública. Esto es ilusorio e injusto. Ilusorio porque las convicciones de una persona, derivadas o no de su fe religiosa, influyen necesariamente sobre lo que cada persona decide y sobre cómo actúa. Injusto, porque los no católicos aplican sus propias doctrinas en esos mismos ámbitos. De hecho, todos los ciudadanos -sean estos cristianos o no-tienen el derecho y el deber de actuar coherentemente con sus propias ideas, respetando las diferencias y la dignidad de cada persona. Es más, dejar de lado las propias convicciones en la vida política, académica, cultural, etc. llevaría a una falta de sinceridad, que es una virtud indispensable en las relaciones sociales. Por eso, los Franciscanos Seglares, en particular aquellos que participan como protagonistas de algún compromiso complejo y pesado de la gestión de la vida pública, no pueden evadir la responsabilidad de un adecuado conocimiento de las enseñanzas sociales de la iglesia y de una práctica política que sea coherente con esta. Esto es aún más urgente en nuestra época y en una sociedad pluralista, donde se hace necesaria una mayor y más incisiva presencia católica, individual y asociada en los distintos sectores de la vida pública. Por tanto, es inadmisibles, ya que es contraria al evangelio, la pretensión de circunscribir la religión al ámbito estrictamente privado, olvidando paradójicamente la dimensión esencialmente pública y social de la persona humana.

El vivir cristianamente, en cambio asume el sentido de explicar en el tiempo y en el espacio de la misión del Salvador. Tal misión representa un denominador común para todos los fieles, pero cada uno debe vivirla en conformidad con la vocación recibida: sacerdotes, religiosos o franciscanos seglares. La función propia y específica de los Franciscanos Seglares, aunque no es única ni exclusiva, es la de contribuir a la santificación de las realidades terrenas casi desde el interior. Esa “*indole seglar*” de los Franciscanos Seglares no se limita a ser una realidad de hecho, sino que es

también una cualidad teológica y eclesial. Una cualidad que califica las relaciones que tales fieles tienen con Dios en la Iglesia. El hecho de que la índole seglar del Franciscano Seglar sea de carácter teológico implica que éste debe llevar a cabo sus tareas en el mundo (familiar, profesional, político, etc.) cumpliendo aquella parte de la misión de la iglesia que les corresponde en cuanto es miembro de esta. Es decir que el Franciscano Seglar debe ser -en forma particular-fermento y sal de la tierra. En otras palabras, con la responsabilidad de sabernos hijos de Dios y con el espíritu que esto comporta, los Franciscanos Seglares deben construir y gestionar una sociedad al servicio de los hombres. Por tanto, de la vocación bautismal y desde la peculiar índole seglar, surge la responsabilidad específica de los Franciscanos Seglares, protagonistas de la evangelización de la vida política y social. Ellos asumen las realidades terrenas en su densidad de creación y en su legítima autonomía para purificarla y elevarla, con el fin de que se hagan expresión de la caridad de Dios para el hombre. Dios les llama a vivir en el mundo y a cumplir su misión cristiana (santidad y apostolado) en sus tareas terrenas. Los Franciscanos Seglares encuentran en el mundo el ámbito específico de su vocación. Una llamada divina para vivir en el mundo y en la Iglesia con personal responsabilidad.

La posibilidad de los Franciscanos Seglares de colaborar a la edificación de una sociedad digna del hombre se enraíza en primer lugar en el compromiso personal de santidad. Solamente un hombre que se hace nuevo en Cristo puede renovar auténticamente las estructuras y las relaciones políticas. En el cumplimiento de su propia misión cristiana, en y por medio de sus ocupaciones seglares, los Franciscanos Seglares demuestran cuanto es importante el valor de la oración, de las virtudes y de la abnegación para enfrentar las realidades sociales y mejorarlas. Eso, como he recordado, se realiza concretamente a partir de la conversión interior y del perfeccionamiento integral de la persona, base necesaria para una correcta, e igualmente necesaria, formación en el ámbito específico de la política. Es necesario, además subrayar que la participación al desarrollo de la sociedad es, al mismo tiempo, fuente de enriquecimiento personal y de crecimiento de todas sus dotes. En este sentido, la vida de santidad de los laicos se encuentra íntimamente ligada a su índole seglar y, en consecuencia, con su compromiso en el mundo. Sería un grave error intentar construirla al margen de tal compromiso. In

Conclusión

Hoy se asiste a una creciente despolitización de los ciudadanos que se manifiesta con una indiferencia generalizada hacia los problemas relacionados con la sociedad. La caída de las ideologías, que se puede acoger con alegría ha traído, sin embargo, también la caída de los ideales políticos. El hombre parece hipersensible frente a lo que lo incumbe personalmente e increíblemente apático en relación al bien común. La causa principal de tal actitud es quizás la pérdida de significado de la vida personal y social, por lo cual las personas tienden a refugiarse en lo inmediato y lo efímero. Otra causa, no menos grave, debe buscarse en el desencanto generado por la inmoralidad privada y pública de muchas personas y de muchos grupos políticos. En definitiva, la despolitización se debe, sobre todo a causas morales y culturales. Una razón más para comprometerse seriamente y con otro perfil ético en el ámbito de la actividad política. Es necesario reiterar todavía que el Franciscano Seglar coherente no puede desinteresarse de dicha actividad, no puede ser víctima de la de la resignación en esta esfera tan importante para el bien de todos los hombres. La participación en la vida política es un derecho y un deber que cada uno tendrá que

asumir según sus competencias personales y sus propias condiciones, pero sin ceder ni desanimarse. Se podría resumir todo esto subrayando la necesidad que cada cristiano se comprometa seriamente para apreciar positivamente la genuina vida política y para difundir tal consideración; confiar en los valores cristianos como elementos humanizantes, aumentar su propia idoneidad política y su propia formación moral.